

MI CELDA

I

Los muros

Por mostrar la constancia sobrehumana
con que la gloria perseguí algún día,
puse en el muro de mi celda umbría
un ramo de laurel con cintas grana.

Una cruz y una espada toledana,
que en su hoja lleva una inscripción sombría,
demuestran la virtud de mi hidalguía
y la fé de mi estirpe castellana.

Bajo limpio cristal, de mancha ileso,
de mi nobleza está la ejecutoria
y, abajo, en un cintil de nácar preso,

un retrato, de amor prenda pretoria,
de una mujer que se llevó en un beso
fé, constancia, virtud, nobleza y gloria.

II

Los muebles

Una mesa de roble, que sufrida,
 vió llorar mi pobreza y aislamiento;
 un renegrido escaño, que fué asiento
 de una trémula anciana dolorida;

un arca, que conserva carcomida
 reliquias en su seno polvoriento
 y dos viejos estantes, aposento
 de todos los engaños de la vida.

Tal es mi ajuar pobrísimo; y entiendo
 que no me ha de hacer otro falta alguna
 pues que, para vivir monarca siendo,

a mi espíritu basta, por fortuna,
 el sillón conventual, en donde emprendo
 mis viajes a los valles de la luna.

III

Los libros

Alineados, de roble en los estantes,
 mis libros, cual legión de mesnaderos,
 adustos me recuerdan y severos
 grandezas y saber que fueron antes.

Conservo en los infolios, deslumbrantes
 hazañas de famosos caballeros,
 sentencias de filósofos austeros,
 frases de amor y dichos de bergantes.

Y, apartado del fárrago infinito,
 en un rincón que a meditar convida
 y por su noble obscuridad bendito,

he colocado mi obra más querida
 que se llama *La dicha de la vida*
 y en cuyas hojas, ¡ay! no hay nada escrito.

IV

Los bustos

Mostrando su calvicie franca y ruda
y su nariz redonda que olfatea,
Sócrates inmortal busca la idea
que ha de mostrar la idealidad desnuda.

Con rostro que la cólera demuda,
su crítica alza Kant en la asamblea;
Bacon de su experiencia gallardea;
el de Aquino de fé; Descartes duda.

Pálido inclina el sabio estagirita
su amarillenta faz de hipocondriaco
y entre Plinio y Dionisio areopagita

irguiendo con desden su busto flaco,
sobre la sábia pléyade erudita
alza Iñigo su gesto de bellaco.

V

Las armas

Tengo un pesado alfange, que fué ariete
en la brava y feraz tierra andaluzá
y un mandoble que, en récia escaramuza,
en las Navas hendió más de un almete.

Incrustado en marfil, tengo un mosquete
que dispersó en Ostende a la gentuza
y un corvo yagatán, que sirvió a Muza
cuando fiñó de sangre el Guadalete.

Tengo un puñal de cincelada plata
que dió una dogaresa a un caballero
y, cuando la iracundía me arrebató,

una pluma gentil tengo de acero,
que es el arma terrible con que hiero
y es el dardo bruñido que me mata.

MAL DE MUCHAS

MAL DE MUCHAS

Si a la gloria del pensar mi afán me lanza,
en mi libro primordial dejaré escrito
que es, a veces, la esperanza
una celda en la prisión de lo infinito.
¿Lo dudais? Pues prueba tiene
en la historia de mi Irene,
que, al sufrir de las desdichas el asedio,
firme siempre la esperanza en cuanto existe,
evocando la alegría se hizo triste
y, esperando en el amor, murió de tedio.

¡Oh que ingénuo sencillez la de las almas
que se inclinan a la luz como las palmas
y se mecen con ingénita armonía
saludando del amor la Epifanía
Son espíritus que cándidos se ofrecen
y al contacto de un suspiro se estremecen
como lirios que en el borde del camino,

en las lindes de los pálidos trigales,
ignorando su destino,
se columpian en las tardes otoñales.

Y era así: como las santas bizantinas
que, impasibles en sus blancas hornacinas,
jamás pueden sentir odios,
como son las adorables heroínas
de los dramas que no tienen episodios;
y por eso, como todas las mujeres,
que no encuentran un amor como el primero,
cuando Pablo preguntó febril: —¿Me quieres?
con ingénuo castidad, dijo: — ¡Te quiero!

Y el idilio comenzó de los amores,
con las ansias invencibles y secretas
que, desde hace muchos siglos soñadores,
les transmiten las abuelas a las nietas;
y el ensueño de las horas encantadas
y el dulzor de las querellas sin enojos,
en el éxtasis azul de las miradas
que penetran hasta el fondo de los ojos;
y el afán de las preguntas más extrañas
y el ardor con que, exaltando el embeleso,
de la tierra prendió el fuego en las entrañas
el espasmo temblador del primer beso.

¡Qué dichosa que sería sí una nube
no velara sus ensueños de querube!
Pero Pablo, al fin, debía
con sudor ganar el pan de cada día.
¡Oh, precepto sin aroma
que en un libro de judíos es axioma!
¡Que a una cándida ilusión destruya aleve
de unos discos el relieve!

Las carrozas más gloriosas y más santas
se detienen en su marcha prodigiosa
cuando tocan con sus llantas
los guijarros de la prosa.

A luchar se marchó Pablo; pero dijo:
—Volveré en un plazo fijo,
cuando gane alguna «plaza» y ya contento
asegure de por vida tu sustento,
porque, ya lo ves —decía—
¡los hogares cuestan caros, vida mía!
y ella supo lo que el tedio nos embarga
de la vida al conocer la prosa amarga.

Hace el nido placentero
con vedijas y con briznas el jilguero,
con el limo abrasador la golondrina
y con ramas la oropéndola divina;
¡sólo el hombre lo fabrica con dinero!

Y pasaron las semanas y los meses,
 y llegaron los reveses
 que pusieron los proyectos más lejanos.
 ¡Oh, recintos castellanos,
 casi siempre abandonados y medrosos!
 ¡Cuántos duelos silenciosos,
 cuántos rezos y plegarias
 no registran vuestras piedras milenarias;
 cuanta yérta y dolorosa pesadumbre
 no se alberga en vuestras plazas solitarias,
 denegrida de los siglos por la herrumbrel
 ¡Cómo, en ellas, de las ráfagas crueles
 y heladoras del revuelto torbellino
 con la arena hace girar rotos papeles
 que truncan en el polvo su destino!
 ¡Cómo suenan en las tardes otoñales
 las esquilas de las torres conventuales!
 ¡Oh, ciudades de misterio,
 con que el tiempo se desliza adusto y serio
 y la vida patriarcal parece un ríto,
 donde en cada corazón calla un salterio
 y se siente la atracción de lo infinito!
 Conoceis el sufrimiento de los seres
 y sabéis, por amarguísima experiencia,
 los secretos insondables de la ciencia
 de las cosas que se callan las mujeres.

Y así otro año transcurrió; y ella esperando,
 su salud fué marchitando;
 y las cartas tan ardientes
 fueron siendo cada vez menos frecuentes.
 Ella, sola en el balcón, calenturienta,
 de las tardes a la luz amarillenta,
 trabajaba por surtir la casa-cuna
 de envoltorios, con primor llenos de lazos,
 por las pobres que tenían la fortuna
 de mirar un pequeñuelo entre sus brazos.

Y otra vez Pablo avisó nueva derrota
 y a otra lucha más remota
 dedicó con entusiasmo sus desvelos.

Y llegó otro nuevo invierno con sus hielos
 y pasó otra primavera con sus flores.

De sus padres, que ignoraban sus dolores,
 escuchaba las preguntas de paz llenas
 que indagaban el motivo de sus penas;
 y, llorosa, con el rostro compungido,
 —¡Es que he visto — les decía—
 el dolor y la agonía
 de una alondra, que murió sin tener nido!

Entre tanto, la fortuna
 era adversa a su pasión, sin duda alguna,
 pues que Pablo, con su musa poco diestra,

era siempre derrotado en la palestra.
 ¡Qué gran daño tantos jueces inhumanos
 hacen, con su labor yerma,
 a una juventud que enferma
 resolviendo los problemas cartesianos!
 ¡Oh, qué gran desesperanza abrumadora,
 qué desilusión llegaba
 para Irene, que pensaba
 que el amor tan sólo es bueno cuando ignora!

Discurrió, como quien ver la verdad quiere,
 que el amor, cuando calcula, mata o muere.

Y, llorando la injusticia de los hados,
 se quejó, a su rigor nada sumisa,
 de la ciencia que es precisa
 para andar con los zapatos remendados.

Entretanto que pasaban las semanas
 llenas de promesas vanas,
 la infeliz permanecía en su mutismo,
 caminando en su prisión con pasos quedos,
 contemplando de los cielos el abismo
 y lustrando su rosario con los dedos;
 pero, como nada agota
 cual la espera de una dicha, que es ignota,
 ya postrada por la fiebre, tuvo nuevas
 de su amante, quien, tras tantos desengaños,

esperaba sufrir pruebas
 decisivas al pasar dos o tres años,
 y alcanzar, si su labor era bastante
 en la lid extraordinaria,
 una plaza de ayudante
 de no sé qué cosa absurda y mercenaria.

Mas fué tarde, porque enferma de un mal grave,
 cuya causa no se sabe,
 recordando sin cesar promesa tanta,
 nuestra Irene se murió como una santa;
 y aún es fama que, horas antes, ya convulso
 su cerebro y de la muerte con conciencia,
 en el lecho redactó con débil pulso
 una carta que empezaba:—«Ten paciencia...»

Si alguien llora ante el horror de tanto duelo,
 sepa, para su consuelo,
 que, al morir la pobre Irene
 en el cielo su ilusión verá cumplida,
 recordando desde allí que Pablo tiene
 la esperanza de la plaza consabida.



EL PATRIOTA

EL PATRIOTA

La jornada ha sido buena
con los viles foragidos;
los unos huyen vencidos,
los otros muerden la arena.

Y la tarde al declinar
entre púrpura y carmín,
llama la voz del clarín
al Regimiento a formar.

Ante los héroes altivos
montado en corcél piafante,
el coronel arrogante
se alza sobre los estribos.

—¡Muchachos! —dice— Otra vez
vuestra ha sido la victoria;
disteis a la Patria gloria
y a la bandera honra y prez.

¡La Patria! Cuanto se quiere
tiene en ella asunto y clave;
quien no la tiene no sabe
por qué se nace y se muere.

Tierra, idioma religión
resúmen de cuanto eleva,
todo soldado la lleva
dentro de su corazón.

Ella es canto en la espesura,
sobre las aguas murmullo
y junto a la cuna arrullo
y rezo en la sepultura.

A todos en general
os doy pláceme sincero:
pero hay alguien de quien quiero
hacer mención especial.

Con el llanto en las pupilas
y en el traje el desaliño,
un muchacho, casi un niño,
ayer llegó a nuestras filas.

Nos miró con interés
y, del patriotismo en alas,

nos pidió pólvora y balas,
como el niño polonés.

No sabemos quien era
ni él nos ha dicho su nombre;
pero hoy mostró que es un hombre
defendiendo la bandera.

Viendo a la muerte en acecho
supo el lauro conquistar
y, por eso, he de colgar
una cruz sobre su pecho,

¡Honor al jóven valiente
que así su deber acata!
¡Tú, chico; el de la alpargata;
a ver: tres pasos al frente!

La patria quiere premiar
tu proceder noble y fiel.
¿Cual es tu nombre?

—Ismael.

—¿Donde has nacido?

—En el mar.

—¡En el mar! No te rebaje
lo que no implica mancilla.

Cada mar fiene su orilla,
cada patria su oleaje.

Héroe que muestra tu brio
de un continente es fortuna.
¿Cual es tu patria?

—Ninguna.

—¿Que eres entonces?

—Judío.



LA RIADA